

EL SALAMANQUINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.



Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran* y *D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

(CONCLUYE EL DRAMA INSERTO EN EL NÚMERO 28.)

ESCENA II.

La Baronesa y Ramiro.

Baronesa. Estais, D. Ramiro, muy pensativo y cabizbajo? ¿Os acordais mucho de vuestra querida Pilar?

Ramiro. Os suplico que dejéis las burlas para otro momento, porque me hallo de muy mal humor.

Baronesa. ¿Qué teneis?

Ramiro. Es preciso, Baronesa, que cese ya nuestra incertidumbre, y que decidais de mi suerte. Si las esperanzas con que me habeis halagado han de realizarse, os ruego no dilateis el delicioso momento de estrecharos contra mi corazón y de llamaros mía delante de los hombres.

Baronesa. Poco á poco, amigo mio, vuestras esperanzas han sido demasiado prematuras.

Ramiro. Señora, sois una inconstantísima coqueta. Dadme vuestro permiso para que me retire, y dispensadme si no vuelvo á poner los pies en vuestra casa.

Baronesa. Caballero, consiento en dejar de sufrir á un importuno que debia contar entre sus mayores triunfos el de borrar la humildad de su cuna con la adquisicion de un título esclarecido.

Ramiro. Consentid en ser mi esposa, y Ramiro no fijará el pensamiento mas que en su felicidad.

Baronesa. Yo consentiria gustosa si tuviera seguridad de que vos consintieseis tambien; pero temo mucho que ese ardiente entusiasmo desaparezca al saber el triste compromiso en que me encuentro.

Ramiro. Hablad, ¿qué os sucede?

Baronesa. Mi primo el General me ha amenazado con un litigio de cuya resolucion pende acaso mi fortuna, si no me resigno á ser su esposa. Le he respondido que no tenia ninguna zozobra por el resultado de este negocio; mas en realidad no es así. El general posee un documento en el que consta la fundacion de un

mayorazgo de que es legítimo sucesor y cuyos bienes poseo yo como libres. Estoy por tanto en la durísima alternativa de contraer un enlace odioso ó de quedar tal vez reducida á la mendicidad.

Ramiro. Ese proceder seria infame, y yo os juro que le arrancaré el documento ó la vida.

Baronesa. Yo, Ramiro, no puedo hacerme la ilusion de que eso sea una infamia y no permitiré que haya un duelo por esta causa. Tendré resignacion bastante para renunciar á un enlace que me haria feliz; mas que ahora nos haria infelices á entrambos.

Ramiro. No os entiendo.

Baronesa. Demasiado, Ramiro, demasiado. Vuestro corazón siente un peso horrible, y desea con mas ansia que yo romper vuestro compromiso.

Ramiro. Os equivocais, Baronesa, os equivocais.

Baronesa. Os conozco, D. Ramiro, tambien como vos mismo. No creais que la conviccion en que me hallo de que no me amais y de que el objeto de vuestros deseos está en mi título y mis riquezas es una conviccion de este momento; ni una sola ilusion de esta especie ha pasado por mi fantasía. Voy á hablaros con la sinceridad que me es propia; vos habeis amado entrañablemente á Pilar; pero desde que las ilusiones de la ambicion vinieron á seducir vuestra alma, aquel amor se desvaneció como si nunca hubiera existido. Entonces aparecí yo en la escena; creisteis que debia ser el objeto de vuestros deseos, y me declarasteis una pasion que no sentiais y que yo no tuve la torpeza de creer sincera. Os dije sin embargo que os creia y que os amaba, no porque os creyese ni os amase, sino porque sois un hombre de grandes esperanzas y estais en posicion de conquistar un porvenir brillante y lleno de gloria. Desgraciadamente un suceso imprevisto ha turbado nuestros sueños de ambicion y de felicidad: las circunstancias no son ya las mismas y nuestro enlace seria para entrambos un

tormento insoportable; para vos porque vuestras esperanzas se verian desvanecidas, y para mí porque en cada mirada creeria hallar una reconvenccion.

Ramiro. Me complazco, querida Baronesa, de haber encontrado una muger que tiene bastante talento para penetrar hasta los mas ocultos pliegues del corazon, y con la que el disimulo no tiene cabida. Mi corazon es tal como le habeis retratado, y siento un placer intensísimo en que vuestros proyectos fueran de la misma índole que los míos, porque así nunca tendríamos derecho para reconvenirnos. Creo que despues del último incidente que ha hecho fracasar nuestras esperanzas, no nos es de ningun modo útil contraer un matrimonio, que nos recordaria á cada instante lo que pudimos ser y lo que desgraciadamente no eramos. Es necesario sin embargo hacer el último esfuerzo; voy en busca del General.

Baronesa. Hacia aquí viene.

ESCENA III.

*Los mismos, el General y el Conde****

Conde. Á vuestros pies, Baronesa; os esperaba con impaciencia por gozar del placer indefinible de introducirnos en el salon, para que arrebateis el poder á las bellezas de segundo órden que estan ocupando injustamente el lugar que os reservan todos los corazones.

Baronesa. Cuando gustéis, mi querido Conde. *(Le da el brazo y entran en el salon del baile.)*

ESCENA IV.

Ramiro y el General.

Ramiro. Tenia que hablaros, general.

General. Yo tambien á vos, pero no de un modo tan severo.

Ramiro. Voy á colocaros en una alternativa muy dura.

General. Yo voy á proponeros una transaccion.

Ramiro. Teneis un documento importante del que pende quizá la fortuna de una muger, y ese documento no se ofrecerá á la consideracion de los tribunales, sino en el caso de que yo sea su esposo; esa es una injuria, General, que no puedo perdonaros. ¿Por ventura la que puede ser esposa vuestra es incapaz de serlo mia? Soy tan digno como vos y os lo probaré de la manera que gustéis.

General. Voy, caballero, á proponeros una transaccion; si no la admitís, acepto el reto y señalaré dia y hora. La suerte, D. Ramiro, os ha colocado en una situacion brillante, que puede influir muy de cerca en los destinos del país. Os habeis decidido por el ministerio, no sé porque, y sois una de sus mas firmes co-

lumnas. Bien sabeis que el partido de la oposicion es fuerte y poderoso y que no necesita mas que veinte votos para volcar á nuestros gobernantes. Yo pertenezco á ese partido y puedo llamarme sin vanagloria su órgano y su jefe. Ayudadme con vuestra elocuencia y vuestros amigos, y seré ministro de estado. Os entregaré el documento que tanto os irrita y dentro de quince dias sereis baron y poseereis una de las mas hermosas mugeres de Madrid.

Ramiro. En política, general, son tan frecuentes las buenas palabras como los malos hechos.

General. Eso es decir que aceptais.

Ramiro. ¿Qué garantías me dais de que vuestras ofertas serán completas?

General. Mi palabra.

Ramiro. Las palabras de los hombres públicos me inspiran muy poca confianza. Este siglo, que tiene por templo la bolsa y por sacerdotes los agiotistas, que mide los sentimientos mas puros del alma y los intereses de la justicia por la alza ó baja de los fondos públicos, es un siglo corrompido que abriga la maldad en el corazon y ostenta en los labios la hipocresía y la mentira. Necesito, general, algo mas que vuestra palabra.

General. Decid lo que queréis.

Ramiro. El documento en cuestion.

General. Y si yo os le entrego, ¿qué garantías me dais de que combatireis al ministerio y de que vuestros votos se añadirán á los míos?

Ramiro. ¿No lo adivináis?

General. No á fe mia.

Ramiro. ¿Qué despojos pensais alcanzar con la victoria? ¿Me entendéis?

General. Os entiendo. Quereis tener cabida donde la tenga yo; sois muy jóven aun para ministro, y vuestra pretension encontrará obstáculos tal vez insuperables. Contribuid á que yo sea ministro de estado, y sereis embajador de una potencia de primer órden.

Ramiro. Nuevas garantías, General.

General. Si no cumplo mi promesa, desertad de mi partido, hacedme una oposicion terrible y arrancadme la mayoría que nunca podrá ser de muchos votos. Dadme la mano, señor baron.

Ramiro. Es vuestra, señor presidente del consejo de ministros.

General. Aquí llegan mis amigos.

ESCENA V.

Los mismos y varios Diputados.

General. Saludad, señores, á nuestro amigo D. Ramiro. Tengo el honor de presentaros uno de los mas firmes apoyos del ministerio, á quien abandonará desde mañana combatien-

dole con su robusta y poderosa elocuencia. Los desaciertos cometidos por el gobierno no han podido menos de irritar su alma grande y delicada, y como hombre independiente y caballero piensa atacar á esos pigmeos miserables que trafican con la ventura de su pais.

Diputado 1.º Mañana se discutirá en el congreso un asunto de importancia que el gobierno hace cuestion de gabinete.

Ramiro. Mañana, amigos míos, será el gobierno derrotado, y abandonará un puesto que no puede ocupar con honra.

Diputado 2.º Disolverá tal vez las córtes.

General. No: S. M. les odia y sufre su yugo con impaciencia: las tribunas son nuestras y el talento de D. Ramiro nos asegura la mayoría que nos dará el triunfo.

Diputado 1.º Mañana, General, nos reuniremos en vuestra casa para organizar el plan de ataque. Supongo que asistirá también Don Ramiro.

Ramiro. Poderosas razones que conoce el general me impiden concurrir á vuestra cita; pero podeis contarme entre los que tomarán la palabra en contra.

General. ¿Qué lugar ocuparé?

Ramiro. El tercero.

ESCENA VI.

Los mismos y el Ministro de Hacienda.

Ministro. Besos las manos, caballeros.

Diputados. Á las órdenes de V. E.

General. Entremos, señores, en el salon.

Ministro. D. Ramiro, tengo que hablaros.

Ramiro. Yo también á vos.

ESCENA VII.

El Ministro y Ramiro.

Ministro. Mañana se trata de una cuestion de importancia, y parte de nuestros amigos está fuera de Madrid. Es preciso que no falteis ni vos ni los vuestros.

Ramiro. Dormid tranquilo, no faltaré.

Ministro. Supongo que hablareis.

Ramiro. Sí, hablaré. Es preciso, ministro, que en esta misma noche espidaís el nombramiento de contador de rentas de Granada para D. Alberto Fernandez.

Ministro. Esa plaza está ocupada por un antiguo y dignísimo empleado.

Ramiro. Se le deja cesante. Es necesario que sea en esta misma noche. Dareis también orden de que salga mañana á desempeñar su destino.

Ministro. Seréis servido; pero supongo que mañana estareis mas elocuente que nunca.

Ramiro. ¿Qué ruido es este?

ESCENA VIII.

Los mismos, la Baronesa, Pilar, el General, y varios señores y señoras.

Baronesa. Sois una imprudente, y la culpa tiene quien os admite en un baile á que no debiais concurrir.

Pilar. Yo seré una imprudente; pero vos sois una infame.

General. Señora, reportaos.

Pilar. Sí: una infame es quien ha labrado con falsas arterias la desdicha de una muger que era feliz en una medianía oscura, pero inocente. Yo amaba á un hombre como se ama la primera vez, con el delirio de una madre y la ternura de una hermana; y esa muger sin amarle y sin comprender mi amargura, le ha arrancado de mi corazon. Ese proceder es criminal, señora, muy criminal.

Baronesa. Esta muger, caballeros, está loca y os suplico que la mandeis retirar.

Pilar. ¡Estoy loca! Sí, estoy loca, teneis razon. Si vosotros estais cuerdos, yo no lo estoy porque no me parezco á vosotros. No me comprendeis ni sois capaces de comprenderme; este llanto amargo que abrasa mis megillas, no ha conmovido ni un solo corazon, y escitará tal vez la risa de algun miserable que medirá mi dolor por la pequeñez de su alma. Os he llamado criminal, porque lo sois, señora. Un asesino nos arranca la vida; pero vos habeis hecho mas: me habeis arrancado la felicidad. Si alguno os robase el aderezo que llevais puesto, os daria tres ó cuatro horas de disgusto y los jueces le castigarían con la infamia ó acaso la muerte; ¿qué castigo reservareis para el que os roba el reposo, no de un dia, sino de toda la vida, que os martiriza en todas las horas de vuestra existencia que os acosa en sueños y viene á insultaros con una felicidad que os pertenece?

Baronesa. Señores, esto es un escándalo que no debeis tolerar y que hará reir á todo Madrid á nuestras espensas.

Ramiro. Retiraos, Pilar.

Pilar. ¿Y qué derecho teneis vos para mandarme que me retire? Yo era vuestra esclava y os queria mas que á mí misma; pero ahora os aborrezco. Habeis roto los lazos que nos unian y no reconozco facultades en vos para imponerme condiciones.

Ramiro. Reflexionad que estamos en una casa muy respetable, y que habeis sido muy indiscreta y muy imprudente.

Pilar. Y si no lo hubiera sido, ¿quién se habria dignado escucharme? Quien no quiere oirme faltando á un deber sagrado, me oirá por fuerza. Despiértense en tu corazon los antiguos sentimientos que le animaban y yo seré muda y besaré las plantas de tus pies. Pero si

no, mi juramento esta hecho, seré tu sombra y tendré el placer de acibarar hasta los mas deliciosos momentos de tu existencia.

Ramiro. Señorita, no deis lugar á que se os encierre en alguna casa de desgraciadas.

Pilar. ¡Horrible desesperacion! ¿En una casa de dementes, quereis decir? Sí, loca estoy: sois el mas infame de los nacidos. Habeis hecho pedazos mi corazon; ¿qué os falta? Coged un puñal y clavadle en mi seno....

Ramiro. Señorita....

Pilar. Sí, un infame es el que engaña á una muger débil y llena de amor, el que la abandona despues de haberla engañado y se complace en matar todas sus ilusiones llenando de amargura las horas que la faltan de existencia. Por Dios, Ramiro mio; escucha mi última súplica; dime que me amas, dímelo una sola vez y yo te perdonaré todo lo que me has hecho sufrir.

Ramiro. Dejadme en paz señorita; yo no os amo ni os he amado nunca. Dadme el brazo, Baronesa.

Pilar. Monstruo, monstruo, ya no puedo mas.

(*Cae en los brazos de una amiga.*)

ACTO TERCERO.

Casa de la Baronesa.

ESCENA PRIMERA.

D. Antonio y D. Alberto.

D. Antonio. Os doy la mas cordial enhorabuena; ya sé que habeis sido nombrado contador de rentas de Granada.

D. Alberto. Hace poco que recibí el nombramiento, y he quedado no poco sorprendido, porque ni aun de vista conozco al ministro de Hacienda.

D. Antonio. Tendrá acaso gran favor algun íntimo amigo vuestro.

D. Alberto. Lo ignoro. Si ha sido asi, se lo agradezco con toda mi alma. Dentro de pocos dias pensaba partir para la misma ciudad, como apoderado del duque vuestro protector.

D. Antonio. Ahora poseeis una renta pingüe, y podeis vivir desahogadamente.

D. Alberto. Teneis razon; sin embargo, tal vez no penetrará el placer en mi pecho. ¡Es tan desgraciada la pobre Pilar!

D. Antonio. Vuestra hija es indisculpable; se la ha presentado una ocasion brillante de ser rica y feliz, y la ha despreciado. Quizá algun dia se arrepentirá de no haber oido los consejos de un amigo que no deseaba mas que labrar su ventura.

D. Alberto. No quisiera hablar mas de ese

asunto, porque todas las heridas de mi alma se renuevan, y padezco horriblemente. Una niña de diez y ocho años, D. Antonio, no tiene mas que corazon, y para ella no hay mas porvenir que hallar otro corazon que la comprenda y que lata á par del suyo. Los viejos no penetramos ese estado de inquietud y de zozobra.

D. Antonio. Bien pudiera conocer que Ramiro no es sensible mas que á los halagos de la ambicion.

D. Alberto. Os suplico, amigo mio, que no me hableis de ese hombre; él ha perdido á mi podre hija y á mí tambien. Engañar á una muger para venderla despues, desgarrar su corazon para gozarse en su desdicha, es un crimen que las leyes no castigan, pero que la Providencia no puede dejar impune.

D. Antonio. El placer arrastra á la juventud y no la deja fuerzas bastantes para resistir. Si un hijo vuestro diese el primer paso en la carrera de la indiscrecion, ¿le aconsejariais que diese el segundo? Si su corazon seducido hubiera arrastrado en su desgracia el de una muger que le haria infeliz, ¿le permitiriais que lo renunciara todo y que fuese un pigmeo pudiendo ser un gigante? En este punto los padres ricos no piensan como los pobres.

D. Alberto. ¿Y qué direis de los hombres que tienen la felicidad de la muger por un juguete, y que no buscan mas que un año de placer para gozarse luego en la desgracia de su víctima?

D. Antonio. Yo diria...

D. Alberto. Vos no podriais decir nada, porque no habeis tenido una hija hermosa é infeliz vendida por un miserable.

ESCENA II.

Los mismos y Pilar.

Pilar (al ver á su padre). ¡Ay!

D. Alberto. ¿A qué venís á aqui? ¿Sabeis que esta es la casa de la Baronesa?

Pilar. Padre mio, perdon.

D. Alberto. ¿A qué vienes á esta casa? ¿Quieres insultar de nuevo á una muger que nos ha colmado de beneficios? Prepárate á marchar dentro de una hora á Granada.

Pilar. Yo no puedo separarme de aqui.

D. Alberto. ¿Quieres cubrirme nuevamente de afrenta, y manchar unos cabellos blancos que se habian conservado puros hasta ahora?

Pilar. Perdonad á una infeliz que no puede menos de hacer lo que hace. Deponed por Dios esa severidad que me desgarrá, y no acabeis de asesinar á vuestra hija moribunda. Perdon....

D. Alberto. ¿Y qué has hecho tú para me-

recerle? Nadie desea tu felicidad como tu padre y su única ambicion se cifra en labrar tu ventura; pero ¿qué haces para labrar la suya?

Pilar (de rodillas). ¿Qué quereis de mí?

D. Alberto. Que abandones esta casa en donde no puedes permanecer con honra, y que rechaces de tu corazon al miserable que te ha vendido. Vamos, hija mia; sal de esta casa, acompañadla D. Antonio.

Pilar. ¡Sin verle!...

D. Alberto. ¿Quieres que tu padre sustituya los preceptos á las súplicas?

Pilar. Yo no puedo, padre mio, yo no puedo. Dejadme que le vea un instante, solo un instante. Vos no sabeis lo que es abandonar una idea que nos ha servido de alimento continuo por espacio de dos años, que nos ha acompañado en los dias de placer y de afliccion, por la mañana, por la noche, que se la deja trabajosamente para entregarnos al sueño y la encontramos con nosotros al despertar. Padre mio, yo quiero verle una vez, solo una vez.

D. Alberto. ¿Quieres verle para que te insulte y para que tu padre sea víctima de una indignacion legítima que no podrá contener?

Pilar. Piedad, piedad.

D. Alberto. La Baronesa se acerca.

ESCENA III.

Los mismos y la Baronesa.

Baronesa. D. Antonio, me alegro mucho de encontraros. ¿Habeis estado en el congreso?

D. Antonio. No. ¿Y vos?

Baronesa. Salgo de alli en este momento; el ministerio se ha defendido ventajosamente; ahora comienza D. Ramiro á hablar en contra con su acostumbrada elocuencia; mi corazon se sobresaltó y no pude menos de salirme. Estoy inquieta y desearia saber el resultado de la discusion.

D. Antonio. Si quereis iré á indagarlo.

Baronesa. Os lo agradeceré con toda mi alma.

D. Antonio. Á vuestros pies, Baronesa. Hasta luego, D. Alberto.

ESCENA IV.

D. Alberto, Pilar y la Baronesa.

D. Alberto. Señora Baronesa, el gobierno de S. M. ha tenido á bien nombrarme contador de rentas de Granada. Vengo á despedirme de vos y á poner mi destino á vuestras órdenes.

Baronesa. ¿Teneis dispuestas las cuentas?

D. Alberto. Mi amigo D. Antonio se encarga de presentároslas.

Baronesa. Supongo que esta señorita vendrá á despedirse también.

Pilar. Esta señorita no viene á despedirse, porque cree que no sois acreedora á ningun miramiento.

Baronesa. D. Alberto, os suplico que me libreis de la presencia de vuestra hija, porque me hallo algo indispueta y no estoy acostumbrada á tratar con gentes... insultantes.

D. Alberto. Perdonad, señora, las indiscreciones de una niña que tiene bastante fuego en la cabeza.

Pilar. Decid mas bien en el corazon. Señora Baronesa, yo me pondré de rodillas delante de vos, besaré vuestros pies y seré vuestra esclava; pero volvedme mi amor, el único tesoro de mi vida. ¿Qué os importa abandonar á un hombre á quien no amais y que tampoco os ama? No, no os ama, ama solo vuestro título y vuestras riquezas. No puede amaros, porque me ama á mí. ¿Consentireis, mi querida señora, en hacer infeliz á una pobre muchacha que no tiene mas patrimonio que su amor?

Baronesa. ¿Habeis traído, D. Alberto, á vuestra hija para que tenga el placer de reconvenirme?

D. Alberto. Ven, Pilar, ven; te lo suplica tu padre.

Pilar. Yo creí que hablaba con una mujer, y estoy hablando con un tigre. Vos, señora, no sentís. Si me vierais á vuestros pies revolcándome en mi sangre y desgarrada por el puñal de un asesino, ni una lágrima asomaria en esas megillas; os reiriais y me escupiriais. ¡Dios mio! ¿Has creado por ventura á los pobres para que sirvan solo de escarnio y de mofa á los perversos que no tienen mas virtud que su riqueza?

Baronesa. Esto es insoportable: caballero, desalojad mi casa y no volvais á entrar nunca en ella.

D. Alberto. Los beneficios que he recibido de vos, me imponen un deber que respetaré siempre; pero permitidme que os diga que no quisiera llevar de esta casa un mal recuerdo.

Baronesa. No me gustan reconvencciones, D. Alberto, idos de aqui.

D. Alberto. Vamos, hija mia, vamos.

Pilar. Oigo su voz.... sí... él es.

Baronesa. ¡Maldita casualidad! Ocultaos en ese gabinete, porque si D. Ramiro se encuentra con Pilar, él muy violento y ella muy indiscreta pudieran comprometernos. Luego que se haya ido, tendreis la bondad de retiraros.

Pilar. Sí, padre mio, ocultémonos. Le veré por la última vez.

D. Alberto. ¡Y tambien le oirás! ¡Cuánto vas á sufrir, hija mia.

ESCENA V.

El General y la Baronesa.

General. Estoy cansado y vengo con deseos de cansarme mas.

Baronesa. Estais incomprendible.

General. Descos cansarme mas, para que el cansancio del cuerpo amortigüe la inquietud que fatiga mi alma.

Baronesa. ¿Habeis sido derrotado?

General. No; pero no he acabado de vencer.

Baronesa. Creí haber oido la voz de Don Ramiro.

General. Le ha detenido un senador en la escalera.

Baronesa. ¿Cuál ha sido el resultado de esta célebre sesion?

General. La lid se comenzó débilmente por nuestra parte, y el ministerio respondió con ventaja á nuestras embestidas. Habló por último D. Ramiro y los ojos del público se fijaron en él con ansiedad. Nadie comprende porque toma la palabra en contra y los mas sospechan que seria una estratagemá del gobierno. La sorpresa llegó á su colmo cuando lejos de defender á este, le atacó tan denodada, vigorosa y fuertemente, habló con tanta elocuencia y reveló tanto secreto importante é inesperado, que los ministros enmudecieron, las tribunas aplaudieron estrepitosamente y la votacion se ganó por mas de sesenta votos.

Baronesa. ¿Y qué decís ahora del objeto de mi eleccion?

General. Que es un hombre de provecho, y que bien pronto sereis una de las mas hermosas joyas que brillen en las córtes de Londres, París ó Lisboa.

Baronesa. No os entiendo.

General. D. Ramiro será embajador.

Baronesa. Supongo que le habreis entregado el documento con que quisisteis amedrentarme?

General. Todavía no: sabeis que soy hombre que no me enamoro sino de los resultados. Por eso temí que hoy me abandonase; pero se ha portado como hombre de honor.

Baronesa. ¿Y lo sereis tambien vos?

General. Sí, amiga mia, aguardo solo la publicacion del nuevo ministerio en la gaceta.

Baronesa. Habeis faltado á vuestra palabra.

General. Os aseguro que podeis vivir sin recelo; el documento será vuestro, y D. Ramiro embajador ofrecerá un título brillante á la que tan orgullosa se muestra con el suyo. Me ha hecho un servicio de interés que vos le pagareis con usuras.

Baronesa. ¿Creeis de veras que será embajador?

General. Creo que sí: os doy la enhorabuena,

porque vuestras esperanzas se han realizado. El casamiento será igual; no se trata ya de un abogaduelo de provincia; vais á dar vuestra mano á uno de los primeros personajes de España; ¿quién sabe si su talento le pondrá al nivel de los primeros diplomáticos de Europa?

Baronesa. Estoy con impaciencia; bien podia presumir que le esperaba.

General. ¿Acaso le amais Baronesa?

Baronesa. Permitidme, General, que os diga que no me hallo de humor para responder á esa pregunta.

General. Ya le teneis aqui.

ESCENA VI.

Los mismos y Ramiro.

Baronesa. Gracias á Dios que tenemos el placer de veros.

Ramiro. Albricias, mi general.

General. ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

Ramiro. El público está impaciente, las prensas se fatigan; unos me maldicen, otros me aplauden, nuestros amigos forman esperanzas locas, los contrarios asedian á S. M. Madrid está agitado, y es muy temible una asonada. Todo está en confusion y desorden; mas el triunfo será nuestro.

General. ¿Y el ministerio?

Ramiro. Ha hecho dimision.

General. ¿Ha sido admitida?

Ramiro. Sí.

General. ¿No ha sido llamado nadie á palacio?

Ramiro. Sí.

General. Maldicion.

Ramiro. No hay motivo para desesperarse.

General. ¿Quién ha sido llamado?

Ramiro. Vos.

General. Gracias, D. Ramiro, gracias: sois el mas elocuente de los hombres, y vos, Baronesa, la mas feliz de las mugeres.

(*Marcha apresurado.*)

Baronesa. ¿Pensais, General, ir á ver á S. M. sin sombrero?

General. Teneis razon; soy un aturdido.

ESCENA VII.

La Baronesa y Ramiro.

Baronesa. Estais tan orgulloso con vuestros triunfos, que ni siquiera os acordais de que es esta mi casa.

Ramiro. Teneis razon.

Baronesa. En efecto, tengo razon. Estais frio cual nunca. Un hombre cualquiera piensa en los negocios por su familia; mas los hombres públicos piensan en su familia por los negocios; casi estoy arrepentida de amaros.

Ramiro. ¿Con que me amais?

Baronesa. Sin merecerlo vos.

Ramiro. Estais hechicera: en este momento mi memoria olvida lo pasado, y mi alma no piensa en el porvenir.

Baronesa. ¿Sereis embajador, dueño mio?

Ramiro. ¿De veras? ¿Os lo ha dicho el General? ¿Dijo que habia esperanzas?

Baronesa. Mucho os inquieta la embajada.

Ramiro. Me inquieta solo por vos.

Baronesa. Ja, ja, ja. ¿Os acordais de lo que me dijisteis ayer?

Ramiro. En este instante no me acuerdo de nada, solo sé que os amo.

Baronesa. Bueno es que os hagais esa ilusion.

Ramiro. ¿Habeis fijado ya el dia de nuestra felicidad?

Baronesa. ¿Querreis decir el de nuestro matrimonio? Si quereis, en esta misma noche; pero sin duda habeis olvidado que no poseeis el documento que tanto os inquietó y que me inquieta á mí todavía.

Ramiro. Esta noche me haceis baron, mañana os hago yo embajadora, pasado mañana iremos á ver á S. M. y dentro de seis dias saldremos llenos de felicidad y de esperanzas para París ó para Lóndres.

Baronesa. ¡Y Pilar!

Ramiro. ¡Pobre muchacha! Ya no hay para ella en mi corazon ni una esperanza ni un recuerdo. Ahora está todo lleno de un pensamiento grande que no deja en el ningun vacío. Hoy baron, mañana embajador, dentro de un año ¿quién sabe?... La fortuna me sonrie y mi cabeza loca no encuentra término ni espacio y lanza á mi corazon tras el ministerio y la infinidad. ¿No es verdad, Baronesa, que seremos muy dichosos?

Baronesa. ¿Creeis que el General os entregará el documento prometido?

Ramiro. Si no lo hiciese, no seria ministro dos dias.

ESCENA VIII.

Los mismos y el General.

Ramiro. Mi querido General, vuestro semblante me dice que la victoria es enteramente nuestra.

General. Sí, amigo, abrazadme. Ayer tuve impulsos de aceptar vuestro desafio, y vos en cambio me habeis hecho ministro.

Baronesa. ¿Venís de palacio?

General. Sí, Baronesa; S. M. ha estado en extremo complaciente conmigo y me ha honrado con su confianza. Luego que llegué, brillaron sus ojos de alegría y me preguntó si contaba con la mayoría parlamentaria; le respondí que sí, y entonces me confirió el delicado encargo de formar el gabinete. Yo rehusé al principio; pero vencido por sus ruegos, acepté y pa-

sé á ayistarme con los amigos de mas influencia. Se habló de vos; pero fueron tantos los obstáculos que se opusieron, que por último se convino en que no fuerais ministro.

Ramiro. Ya lo esperaba yo eso.

General. Se ha determinado sin embargo no presentar los nombramientos á S. M. hasta que no merezcan vuestra aprobacion. Este es el objeto de mi venida.

Ramiro. ¿No se ha tratado de nada mas?

General. Se ha acordado tambien que seais embajador cerca de la corte de Francia.

Baronesa. Me alegro; me gusta mas París que Lóndres.

Ramiro. Decid á vuestros compañeros que cuenten con mi voto y el de mis amigos, que seré su defensor y que humillaré á sus cobardes antagonistas.

General. Bravo, querido baron; asi me gustan á mí los amigos.

Baronesa. Antes que os marcheis, tengo que advertiros una cosa de importancia. ¿Asistireis esta noche á nuestra boda?

General. Prima mia, si no me desairais seré vuestro padrino.

Baronesa. Acepto: ¿no os acordais de otra cosa, señor presidente del consejo de ministros?

General. Esta tarde os entregaré la fundacion del mayorazgo de vuestro primer marido, y creo que es un buen regalo de boda.

Baronesa. Os cuento, mi querido General, en el número de mis mas íntimos amigos.

General. Os envidio, embajador, la alta dicha de que gozais; la Baronesa es un tesoro que solo vos podeis valuar. Os le envidio con todo mi corazon.

Baronesa. Soy un tesoro que solo se vende por un ministerio, ¿no es verdad, General?

ESCENA IX.

Los mismos y D. Antonio.

D. Antonio. Todo se ha perdido.

Ramiro. ¿Qué sucede?

D. Antonio. El ministerio ha hecho dimision.

General. ¿No es mas que eso?

D. Antonio. La dimision fue aceptada; mas á poco de haber salido vos de palacio los ministros han sido reelegidos.

Ramiro. Eso es una infamia, eso no puede ser.

General. No hay que perder tiempo, Don Ramiro: es necesario reunir á nuestros amigos, y convenir en una oposicion terrible y arrolladora. Es indispensable que haya una session extraordinaria en que se declare que el ministerio no obtiene la confianza del congreso.

Ramiro. Os juro, General, que los ministros han de dejar con afrenta un puesto de que pudieron separarse con honra.

D. Antonio. Amigos míos, tampoco eso es posible, S. M. ha disuelto las cortes; ya no sois diputados; y como no sois inviolables, el gobierno, D. Ramiro, ha cometido la arbitrariedad inaudita de desterraros á la isla de Cuba.

Ramiro. Faltáis, D. Antonio, á la verdad. Eso no puede ser, eso es un tegido de imposturas.

D. Antonio. ¡Ojalá no fuera cierto! Leed esa gacetilla.

Ramiro. Esto es una infamia; General nos han vendido.

D. Antonio. Los periódicos de hoy se ensangrientan casi todos en ti. Dicen que eres un hombre sin creencias políticas y sin corazón, que has vendido tu voto y tu palabra, y que tienes talento, pero que careces de virtud y de pundonor. S. M. los leyó, y sin oír las inspiraciones de nadie ha dictado las providencias que publica la gaceta.

Ramiro. Mi pecho se halla fuertemente desgarrado; pero me revela una verdad útil aunque amarga. Mi corazón es sensible á la menor impresión de dolor y pasa por los días alegres casi con el mismo hastío que por los indiferentes. Si la ambición ve frustradas sus esperanzas, halla en cada una un tormento horrible; si las mira satisfechas, nuevas esperanzas nacen, y siempre hay un vacío infinito que no se llena nunca y que hace de la vida un infierno que no se interrumpe. En este momento, Baronesa, estoy en la íntima convicción de que me conviene que se cierren para mí las puertas de la ambición. La vida obscura no tiene vicisitudes ni quebrantos, y el hombre en ella no será feliz, porque es imposible serlo, pero estará por lo menos tranquilo.

Baronesa. Yo también pienso como vos.

Ramiro. ¿No es verdad que seremos felices en el retiro y lejos del mundo, querida Baronesa?

Baronesa. Permitidme, D. Ramiro, que os haga una declaración que tarde ó temprano teníais que oír. Yo estaba dispuesta á dejar con vos á Madrid; pero era de embajadora á la corte de Francia, no de desterrada á la isla de Cuba. Recordad lo que decíamos ayer; no somos el uno para el otro cuando no podamos prometernos un porvenir de esplendor y de gloria. Lo siento, D. Ramiro, pero me es imposible ser esposa vuestra.

Ramiro. Señora, sois...

Baronesa. Lo que vos. Un hombre virtuoso tendría derecho para reconvenirme; mas D. Ramiro en mis circunstancias hubiera observado la misma conducta que yo.

D. Antonio. Los hombres de talento no

deben sucumbir cobardemente cuando el infortunio los asalta.

Ramiro. Mi situación, D. Antonio, es muy triste. En un país distante del nuestro, sin amigos, sin fortuna y con un corazón melancólico é insaciable, ¿dónde encontraré yo la felicidad?

ESCENA X.

Los mismos, Pilar y D. Alberto.

Pilar saldrá corriendo. En mí, en tu Pilar. Yo te haré mas dichoso que la ambición. Yo comprenderé todos los pensamientos de tu alma y contaré los fatigos de tu corazón. Nada desearás que yo no consiga para ti: seremos pobres; pero no nos roerá el torcedor continuo del remordimiento, no correrás tras esperanzas locas y funestas, y tu condición será humilde; pero con ella vivirás contento. Devuélveme mi amor, aquel amor intenso que me tenías antes y que constituía mi felicidad. Yo te perdono todo lo que me has hecho sufrir, que ha sido mucho, mucho. Dime que me amas; ¿vacilas todavía? ¿quieres aun á esa muger que ha respondido á tus súplicas con desprecios? Señora Baronesa, vos la grande señora, la que quereis á Ramiro diputado y embajador y le despreciáis simple desterrado, ¿habeis sabido lo que es virtud y lo que es amor? Ahora soy yo superior á vos, porque en mi corazón no hay ni una sola mancha.

Baronesa. Dejemos á esta pobre gente, General.

ESCENA XI.

Los mismos menos la Baronesa y el General.

Pilar. ¡Nos desprecian! Ramiro mio, no me desprecies tú, y no echaré nada de menos en el mundo.

Ramiro. Mi corazón no puede resistir á las emociones que ha experimentado en este momento. Te amo tanto como se puede amar á una muger.

Pilar. ¡Qué feliz soy!

Ramiro. D. Alberto, me tendré por el hombre mas dichoso si os dignais concederme la mano de vuestra hija.

Pilar. Perdonadme, padre mio.

D. Alberto. ¡Qué padre no perdona á sus hijos! ¡Ojalá seais felices!

SALAMANCA:

IMPRENTA DE MORAN.